EL PRESTIGIO DE LA MEDICINA DE FAMILIA

De todos es conocida la admiración con que la profesión médica es recibida entre la población general. Aunque, como en todas las sociedades, siempre haya algunas excepciones, la realidad es que ser médico está muy bien valorado por los ciudadanos. Esta afirmación no se circunscribe solamente al territorio de España. Según determinadas encuestas también se percibe una excelnte calificación en otros países europeos y americanos.

Sin embargo, los médicos españoles estamos descontentos. Por lo menos los que trabajamos como médicos de familia en la Atención Primaria, la más cercana a los ciudadanos y quizá la más variada. Aumenta el número de pacientes (perdón: usuarios o clientes) por médico; se amplían los servicios a los ciudadanos sin aumentar las plantillas; faltan médicos aunque las estadísticas oficiales digan otra cosa; conseguir un minuto más para cada paciente es todo un reto; el salario de la guardia desaparece cuando hay que pagar a algún fontanero o limpiadora del hogar; el gasto en genéricos es más valorado que tener bien controlados a los pacientes hipertensos. Hay carrera profesional, permitan la broma, hasta para el pinche de cocina. Y como guinda, todavía en algunas comunidades autónomas, tener la especialidad de Medicina de Familia no tiene ningún valor a efectos de oposiciones.

En países como el Reino Unido, cuna de la filosofía del modelo de Centro de Salud, el médico de familia es casi intocable. Las sociedades científicas y los sindicatos caminan de la mano y toda una maquinaria legal se pone en marcha si un médico de familia (general practitioner) cobra menos de lo estipulado o hace algunas horas de más.

Nos colegiamos, nos asociamos, nos sindicamos…y paradójicamente no estamos unidos ni somos fuertes.